

DE BUENAS LETRAS

Imponderables

ARCADIO ORTEGA

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

DE los tantos imponderables que tiene la vida, el menos importante es el paso del tiempo, porque nunca llega por sorpresa. Se conoce su andar inexorable, su cadencia, el ritmo en su llegada, su implacabilidad. Tiene, eso sí, la imposibilidad de ser aprehendido, la dificultad para ser explicado, en frase de Agustín de Hipona, y siempre la grandeza de que jamás sepamos si podremos alcanzarlo, si vamos a vivirlo. Y esta magia tan universal y conocida, es uno de los mayores atractivos que tiene la vida: no saber nunca donde está el punto final, si hay punto y seguido, si nos perderemos en puntos suspensivos, quedándonos siempre en ese punto, inamovible y cierto de la expectación y la sorpresa. Ningún viejo puede renunciar al sueño de vivir un año más y ningún joven puede asegurar que estará aquí mañana, parafraseando la explicación de Menéndez Pidal, a la periodista que le atosigaba, al inicio de su ingente y voluminosa, y trascendental Historia de España, con ya cumplidos los ochenta años. Por tanto, no puedo decir que el momen-

to ha llegado sin saber cómo fue, porque lo he visto venir desde siempre. Día a día me he ido sumergiendo en él, poco a poco, instante a instante, me ha dado la paz del silencio, el punto justo de la reflexión y la inoperancia para medirlo mejor. He descubierto la lentitud, y hoy, cuando contemplo mi realidad circundante, siento que su frío y su decadencia lo va impregnando todo. Y que ahora, apenas suena una campana, caigan las primeras hojas sepias en los paseos, se cubra de blanco la grandiosidad de Sierra Nevada, o tiriten las viejas en la misa del alba –cada vez menos viejas, cada vez menos alba– habrá iniciado otra etapa, una más hacia el camino de la paz que, aseguro, me la he ido ganando día a día, con ilusión, con trabajo, con esperanza, con dedicación y con entrega, conscientemente, durante toda mi vida, cumpliendo los quehaceres cotidianos del hombre de mi tiempo, es decir, del hombre de todos los tiempos, en frase de Machado. Ora y labora, y alguna pequeña sonrisa sostenida por el amor a través de los años.

Cuando baje de este estrado etéreo, sin-

gular y sabio, que da la vida a los ochenta años, habré abandonado mi preocupación diaria por el buen hacer en la andadura, en la línea de ejecutividad más efectiva posible, todo lo que el tiempo amasó para que me volcase en esta vida de responsabilidad consciente. Sueño con contemplar la marcha de la vida sosegada y medida, con paso decidido y seguro, en el cálido silencio de lo próximo, pero sólo como observador apasionado y esperanzado; y comprensivo; y entregado. Ésta es, también, otra de las grandezas de la edad propecta: observar sin ser observado, participar sin ser partícipe, sentir el tacto de lo que no se toca, amar lo que ya jamás podrá abrazarse, y, pese a todo, ser feliz. Goethe lo supo muy bien, contemplando la sencilla voluptuosidad de Margarita, con la que apenas le separaban cincuenta y cinco años de edad. Y yo ya lo vivo en los campos ardientes, salpicados de flores, que me ofrece el futuro más inmediato, y que es posible, incluso, que disfrute. ¿Limitaciones? Privilegios de la edad, más bien.

Ahora ya es imposible no ser, como se afirma, romántico. Y ese acendrado idealismo es la libertad, el amor, la exaltación, el sueño, la entrega inusitada y la constante búsqueda del ser. Ahora ya puedo permitirme ser romántico, sin las trabas que siempre tuve para dejarme ir. Entre el ser y la nada de Sartre estoy yo, con toda mi carga existencial y mi esperanza; y con toda la posibilidad liberadora que me ofrece el camino, todo el vitalismo acendrado a lo largo de una vida; por lo demás, muy corta. A Dios gracias, soy un hombre que piensa y que camina. Tengo derecho a ser feliz; y quiero seguir siéndolo.